

Prólogo

"Cuando vengas la puerta se abrirá sin que la toques"

Gilberto Triviños

Universidad de Concepción

"Soy el mismo y otro, el sueño antiguo y el nuevo / y puedo celebrar con el don de dormidos rituales, / Adorar soles distintos y coleccionar vida y muerte / O adornar con bosques y océanos los muros de mi casa. / No hora del regocijo sino recuento de visiones / Como lo hace el destino de noche al abrir el libro de las metamorfosis / Con la estrella petrificada en cada uno de sus dedos" (Rosamel del Valle).

El raro de la literatura chilena que llama a la poesía peregrinación total por el ser y los orígenes nombra una y otra vez paraísos, cielos y jardines no lejos del reino de la araña y del banquete de la abeja. Lo que nombra, sin embargo, no es la posesión de estos lugares de plenitud del ser. Lo dicho es siempre la separación, la expulsión. Escritura de los cielos perdidos, del dios muerto o incommovible. Pérdida, pero también retorno. Los personajes poéticos creados por Rosamel del Valle se singularizan precisamente porque cruzan puertas, reciben mensajes, escuchan ecos, descubren hilos invisibles que reconducen fugazmente a la visión de lo perdido. La poesía de la falta, del eco del dios que dice entre sueños " el paraíso está cerrado", del exilio, deviene entonces bello rastro de un regreso, "canto al gozo", palabra que retorna del viaje y es nuevo rocío en los huesos del poeta, memoria del dulce reencuentro con los cielos perdidos: "Volvió el gozo con antorchas sin que seña hiciera mi mano / (...) Ahora soy el que retorna . Y estoy sentado a la diestra / Del dios que incendió el mar en una sola noche". Los sueños en eterna metamorfosis, cuerdas invisibles que hacen caminar hasta en

el reposo físico, adquieren aquí todo su sentido como claves de la existencia estética de Rosamel del Valle. Ellos son precisamente los que hacen posible los pasajes entre los reinos heterogéneos de lo visible y lo invisible, las visitas "ajenas a la familia, al orden, sin pasaportes respetables" (ángeles y dragones, gnomos y tarántulas), el descenso a los abismos de los cuales no vale la pena retornar sino confortado por ungüentos que nada tienen que ver con los aromas. Los poetas, dice Heidegger, lector de Hölderlin, son aquéllos que en la época de la noche del mundo, privada del fundamento, conservan la huella a menudo imperceptible de los dioses huidos. Rosamel del Valle dice bellamente lo mismo en "Las horas danzan desnudas": poeta es el que aún oye los golpes de la cítara en llamas del cielo perdido. También en Poesía, cuyas voces son "huella" de lo oído en las fugas "hacia los acuarios, hacia las raíces, hacia las cosas heridas de muerte", y El sol es un pájaro cautivo en el reloj, donde el epígrafe de la "La sirena en el jardín", extraído de la obra de Rene Char, destaca explícitamente el valor esencial de la huella: "Un poeta debe dejar huellas, no pruebas. Sólo las huellas hacen soñar".

Ni puro exilio ni sólo reencuentro. ¿Dónde se inmoviliza entonces esta poesía, cuál es el territorio permanente del poeta? La respuesta parece ser "(en) ningún lugar", porque lo que distingue el mundo mágico creado por Rosamel del Valle es precisamente el febril movimiento de los seres y las cosas, el constante cambio de la transparencia y la oscuridad, la metamorfosis incesante de todo, los infinitos pasajes entre mundos heterogéneos: "La tierra cambia de lado en el sueño como el hombre en el lecho, el mar se desborda, la casa pierde los pilares, las columnas nadan, los objetos se dividen y se subdividen y a lo mejor solamente la falta de imaginación es lo que permanece inamovible" (El sol es un pájaro cautivo en el reloj). Movimiento del árbol, llama floreciente. Movimiento del animal, llama errante. Movimiento del hombre, llama parlante. Movimiento de las ideas, abejas coléricas. Movimiento de la memoria, rumoroso océano. Movimiento perpetuo del poeta, lámpara errante, hacia lo que no conoce: "Dejadme salir, radiante cuerpo dormido y cubierto de /peces de fuego, / dejadme salir, dejadme salir"(Poesía, "El viajero y sus raíces"). Salir, atravesar, cruzar. Una palabra parece definir, con todo, el verdadero lugar del poeta en la obra del admirador de "Mr. Ovidio". Es entre. Clave misma de la reflexión de Heidegger sobre la esencia de la poesía encajada en el

esfuerzo convergente y divergente de la ley de los signos de los dioses y la voz del pueblo. "El poeta mismo está entre aquéllos, los dioses, y éste, el pueblo. Es un 'proyectado fuera', fuera en aquel entre, entre los dioses y los hombres"(Hölderlin y la esencia de la poesía). Clave también de la filosofía del devenir, donde lo que cuenta es el camino, lo que está entre, en el medio, como la mala hierba del Hamlet de Henry Miller, que rellena los vacíos, crece entre las otras cosas. "La hierba sólo se da en medio de los grandes espacios no cultivados. Rellena los vacíos, crece entre, en medio de las otras cosas. La flor es hermosa, la berza útil, la adormidera vuelve loco. Pero la hierba es el desbordamiento, toda una lección de moral". El viaje, el camino, el cruce, el pasaje, el salto a lo otro como acto, como política, como experimentación, como vida (Deleuze). Clave, asimismo, de la vida y obra del escritor chileno tal vez más imantado por la necesidad del viaje en las aguas del sueño. Atravesar el horizonte, penetrar en otra vida, dice Lawrence, recordando que así es como Melville aparece sin darse cuenta en medio del Pacífico. Avanzar sobre una estrella, eso simplemente, dice Rosamel del Valle en el heideggeriano epígrafe de "Llama familiar", pero también en sus múltiples textos habitados por figuras que sólo quieren partir a buscar una isla vista y desaparecida, entrar en los jardines de los sueños tras las llaves perdidas y el sol de largos dientes, viajar "por hilos insostenibles, fieles a la atracción peligrosa, húmedos y fríos instrumentos de la mirada en exilio", encaminarse al reino al que nunca se llega a pesar de la avaricia con la que se le persigue por todos los resplandores terrestres, salir conducidos a través de las puertas sin fin, huir hacia los acuarios y las raíces: "Dejadme salir, radiante cuerpo dormido y cubierto de peces de fuego, /Dejadme salir, dejadme salir" (El viajero y sus raíces). Rosamel del Valle prefigura así poéticamente uno de los mayores hallazgos de los filósofos del devenir: la única manera de descubrir mundos es a través de una larga fuga quebrada. Estética, ética, política y metafísica a la vez: "Todo es partir. Partir de uno mismo. Partir. Partir (...) Vivirás tus sueños. Ofrenda por recibir, orden por cumplir". País blanco y negro, publicado en 1929, es en este aspecto particularmente sugestivo. Su autor revela ya entonces las cuatro palabras leídas con fascinación por su "ojo de lo inverosímil (sin que) ni siquiera es posible una poesía ni, por otro lado, la razón de una existencia". ANGUSTIA es la primera de ellas. MEMORIA, la segunda. PERSECUCION, la cuarta. La tercera palabra, que brilla "en cada estrella, en cada árbol en cada torre", es precisamente FUGA. El relato indica

tipográficamente su importancia. Las letras que la forman son mucho más grandes y gruesas que las otras. El lugar del libro que de este modo celebra la fuga es, por lo demás, el mismo en que el narrador habitado por lo mágico dice que lo mejor de su vida ha sangrado entre las orillas de la angustia y las orillas del éxtasis.

Paso de la balanza que mide las cosas de las manos del mercader a las del ángel. Estallido de las máquinas binarias que reprimen el descubrimiento de la continuidad de los parques. Velocidad absoluta de lo que está entre, de lo que crece por el medio. Semejanza con la velocidad absoluta de la hierba, la estepa y los nómadas, incluso cuando se desplazan lentamente. "Los nómadas siempre están en el medio (...), no tienen ni pasado ni futuro, tan sólo tienen devenires, devenir-mujer, devenir-animal, devenir-caballo" (Deleuze). Los cruces entre reinos heterogéneos en la obra del poeta que se duerme pensando en una metamorfosis son múltiples, pero su sentido, la "unidad de su imagen", es siempre el mismo: escribir es devenir, pero no devenir escritor, sino devenir otra cosa. Encontrar la zona de indistinguibilidad, vecindad o indiferenciación tal que ya no es posible distinguirse de un lector del libro de las visiones, de un viajero por las aguas del sueño, de un pez río arriba en la memoria, de un árbol que atrae el rayo y es guía secreto de la tempestad, de un reloj solitario interrumpido a veces en su sueño, de un jardinero ebrio que conversa con los planetas, de un mendigo contento de su metamorfosis, de un insecto clavado con un alfiler en el muro, de un cazador solitario, de un sonámbulo que se aferra a su lámpara, de un conversador con los fantasmas, de un hombre que quiere parecerse al tigre contemplándose en el agua, de un coleccionista de llamas en el tiempo ("más heridas que tesoros, sin duda"), de un viejo llavero de los sueños. Arbol, jardinero, llavero, tigre, sonámbulo, mendigo, cazador, insecto, pez. Trazado de líneas-entre, incesante cruce de umbrales, difuminación del rostro, perforación de la pared, devenir imperceptible: "desnudo y olvidado". ¿El fin, la finalidad de escribir?. Me parece posible, en todo caso, leer la obra de Rosamel del Valle como escritura de la fascinación por el fluir sin fin de las metamorfosis, por los desbordamientos demoníacos de los surcos y lindes: "Vino el viento y fui el viento y sombra me hice / Y adoré su estatuto y su siringa. Con ese signo / Entró el gozo en mi casa como el sol en el ojo del ciego" ("Las horas danzan desnudas"). Devenir-viento, eso simplemente, un "viento entre los árboles, evocación

del gozo primordial". No hay literatura, es cierto, sin fabulación. Lo que importa en este caso es que las metamorfosis, las visiones, los devenires del poeta, no son un asunto privado. Forman, por el contrario, los personajes de lo que un filósofo llamaría una historia y una geografía que se va reinventando sin cesar. La historia y la geografía de la continua reinención de las relaciones del hombre con los dioses, con los gozos primordiales, con la (in)finitud.

Encantamiento de la fuga cifrada en la figura del viaje, que es siempre un descenso, pero también conciencia de los límites de la ruptura. El sol es un pájaro cautivo en el reloj revela expresamente las fronteras de las caminatas por los bosques del país que no existe. Me refiero sobre todo al bello relato del goce de la danza que habla "del tiempo abolido, de la angustia abolida, de la oscuridad abolida" (pp. 29-32). Jorge Luis Borges se imagina el Paraíso como biblioteca. Rosamel del Valle lo figura como danza entrevista en el sueño del hombre con el cuerpo temporalmente muerto. Cuerpo que es, paradójicamente, la mayor amenaza de la pérdida del Paraíso. El gozo de la "danza primordial" es interrumpido, en efecto, por los llamados del corazón del hombre dormido. Un fragmento de La muerte de Virgilio de Herman Broch permite tematizar la separación: "el corazón, desde que comienza a palpar, pide que se le abra y, dispuesto a entrar en lo real, palpita hasta las fronteras de la realidad y llama a sus puertas" (pág. 32).

El viajero recupera, pues, los gozos primigenios perdidos, pero siempre los pierde nuevamente. El sueño, como el amor, apartador de la muerte, es la puerta que los abre. La vigilia, la que los corta. Rosamel del Valle llama "pequeño sol cortado" a su poesía. Lo es precisamente como inscripción en ella de la huella de la posesión y pérdida de la plenitud del ser. La palabra entre define otra vez con claridad el territorio del poeta que no teme el riesgo de "pasar / por el túnel terrestre, pasar por el ruido del cielo, / pasar por el recuerdo dormido entre tigres y columnas, / pasar por el dorso de la mano hacia la muerte. / pasar dos veces por donde mismo, he ahí la orden del ángel" ("Mano tornasol"). Heidegger dice que el poeta está entre los dioses y los hombres. El autor de "Un canto de amor para el corazón" lo completa. El poeta del tiempo de la indigencia, viajero invisible que es viajero sonámbulo que es viajero alucinado, está también entre la angustia y el éxtasis, entre el ángel y el gusano, entre lo visible

y lo invisible, entre la realidad y el sueño. Los signos de esta doble pertenencia (o ninguna) de quien dice que estamos hechos de todo son innumerables. Se trata siempre de ruidos, ecos, palabras, visitas, imágenes, aromas de unos reinos en otros. Restos, hilos de lo invisible en lo visible, pero también residuos, hilos de lo visible en lo invisible. Lo verdaderamente terrible, leemos en "Mano tornasol", son los aromas que se nos caen al levantarnos, como lo bello es lo que no se desprende del todo de las visitas que nos acompañan ("La cabeza solitaria"). "Escritura" se llama significativamente el texto de Fuegos y ceremonias que llama unguento a lo que el viajero trae consigo después del descenso siempre peligroso a los abismos. El lápiz del médico de sí mismo seguido de hilos invisibles, enredado en ruidos que ponen un sol de otro tiempo en sus palabras, se hace con este unguento mágico que conforta y sana, pero también asedia y devora: "sombrió como estoy por voces que me devoran".

Nadie prepara ya su muerte, nadie la cultiva, de ahí que se escabulla en el mismo momento en que nos arrebatada. Así dice Cioran en De lágrimas y de santos. Tienes razón, responde Rosamel del Valle, a nadie le gustan los enigmas. Nadie quiere que se le hable de la muerte. Tampoco nadie quiere hablar de la vida ("Otros desastres"). La réplica poética y la réplica filosófica son semejantes. Una y otra evidencian que el Gran Otro del hombre moderno no parece ser realmente Dios, declarado muerto, ni el Padre, generalmente ausente, sino ése cuyo delegado simbólico nos es concedido con la apariencia de un sencillo significante, ése que dice Muerte y se desliza en nosotros a modo de un parásito que trastorna continuamente la emisión discursiva (Trías). Los escasos estudiosos del poeta chileno han descubierto en su vocabulario una serie de vocablos claves. No han advertido, lo que sorprende, el obsesivo deslizamiento de una palabra en títulos de poemas, finales de libros, visiones y ritornelos. Ese parásito que trastorna la escritura de "De hora en hora a de hora en hora": "Por el cielo sin fin pasa una nube más veloz / Que el amor cuando se aleja del amor y hay / Un viajero muerto en el desierto y no habla / Por él la ceniza dispersa no habla / De lo nunca dicho ni oído ni visto / Jamás por algún tiempo ni por este tiempo / Ni más tarde ni nunca ni más tarde / No ni más tarde" (La visión comunicable). Ese sencillo significante del garabato indescifrable cuyas tijeras cortan los huesos de los muertos ("La muerte mágica") y cuyos fatídicos ritornelos se apropian

de la palabra poética en el verso final mismo de Fuegos y ceremonias: "mientras la muerte dice: Hasta mañana.

Tres parecen ser, por lo menos, los aspectos más destacados de la thanotografía de quien no olvida que todo le será quitado menos el hueco que lo espera. Aquí sólo es posible señalarlos: (1) Las definiciones poéticas del hombre como ser que se cae de pronto hacia la muerte: "Tu muerte o mi muerte serán un día como el derrumbe fortuito de una lámpara". (2) El incesante fluir de imágenes de la muerte. Es posible leer en este sentido la poesía de Rosamel del Valle como inquietante invasión del diccionario modernista de la muerte, regido por las figuras maternas y castas de la Virgen, la Madre y la Esposa. Persisten en ella las figuras consoladoras de Nuestra Señora (pasaje al dulce reencuentro de los cielos perdidos), pero irrumpen sobre todo aquéllas que la muestran como hueco informe, taladro radiante u ojo fijo, fijo. Pura oquedad que anuncia la gran clausura de las escrituras felices consumada por Enrique Lihn en su Diario de muerte. (3) La imaginación del propio fin. El poeta que tiene anticipadas conversaciones con el gusano y no se cansa de mirarse en los espejos dilapidados por las difuntas ficcionaliza así su ser en la muerte sin la muerte todavía: "Unos ojos fijos, fijos. Un taladro radiante /Perforando el abismo que entonces me aparte de la vida"("Cántico de la visitación"). La pequeña e increíble fábula de la joven que pierde las manos mientras duerme, narrada en el mismo libro publicado en 1964, puede leerse en clave semejante. El narrador ignora el final exacto de la historia de fuga que concluye con el triunfo de "los símbolos del comienzo, del nacimiento (sobre) los del fin, los de la muerte". Sólo conoce el testimonio de la persona que vio a la joven de manos errantes en la hora de su muerte, cuando "al oír a las gentes decir, incitadas por la poesía concreta de la muerte, que esas manos estaban más frías, por ejemplo, que el resto del cuerpo, le fue imposible rechazar la idea de que en verdad estaban frías, pero frías como una estrella". Acaso el creador de este personaje, bella cifra de su mundo regido por "leyes mágicas" posibles de obedecer pero difíciles de interpretar, descubrió lo mismo durante su mirada del último rostro. El último rostro, dice un manuscrito anónimo del siglo XI, es el rostro con el que te recibe la muerte. Rosamel del Valle crea un nombre para dicho encuentro: "visión en visita antes de la definitiva sequedad".

El sol es un pájaro cautivo en el reloj tiene en este sentido gran importancia en la historia de las thanatografías poéticas latinoamericanas. Es el libro de la preparación misma para morir. Lo rige un recuerdo: "no olvidemos que necesitamos acumular muchos relámpagos para morir". Un deseo: entrar lo más desnudo posible al país "donde se es acogido descalzo y sin el tatuaje no poco mixtificador de la ninguna ciencia, de la ninguna magia, de la ninguna poesía". Un balbuceo: "Tú dirás cómo habrá que desnudarse para la cita con la tierra, y yo diré, balbuceando, cómo habrá que preparar los ungüentos que el cuerpo necesita para la muerte". Y la visión del "hoyo resplandeciente que abren los años al fin: ahí viví, desde ahí me dejé tocar por las vibraciones totales de la vida. Y ahí, sin saberlo, tejí la red para la muerte. Ahora el sol canta en el hoyo que podría llamar mágico". Escribir es, sin duda, devenir otra cosa que escritor. Devenir, sin saberlo, tejedor de la red para la muerte, formador de la propia muerte: "ahora pienso en la tranquilidad / de mi muerte ya que yo también formé mi muerte" ("Cántico de la visitación").

Necesidad de escuchar primero lo que dice la vida y después cómo se apresura en vestirse la muerte. Cultivo de la profunda desnudez. Importancia de un ungüento para que el cuerpo se deslice suavemente por las escalas ardientes. Entrada sin temor por la puerta profunda, porque se viaja como una nube al atardecer. Celebración de los poderes conjuradores de "todas las cosas" (noche, poesía) que hacen sonámbulo: "preparado fui por la noche para el descenso y ella misma / dejó de pie las escalas para el regreso". Promesa de resurrección. La escritura del poeta que así teje la red y se prepara para la sequedad definitiva no es, sin embargo, una de esas "felices escrituras" de la muerte nombradas por el agonizante de mano ortopédica que escribe su Diario de muerte. No lo es porque en ella se duda si la frente "se abrió al fin para el fin", pero sobre todo porque en ella no se oculta ni se silencia que "nadie sabe escribir, (que) cada cual, sobre todo el 'más grande', escribe para atrapar por y en el texto algo que él no sabe escribir. Que no se dejará escribir, él lo sabe" (Lyotard). Kafka llama a este algo lo indubitable, Sartre lo inarticulable, Joyce lo inapropiable, Freud lo infantil, Valéry el desorden, Arendt el nacimiento. Rosamel del Valle lo llama temblor. Fuegos y ceremonias tiene en este aspecto singular importancia. Es el libro, precisamente, que da nombre a ese algo que no se deja escribir: "Prefiero pensar en lo que hace de noche una mariposa y en el terror con que cada ser

humano suele encontrarse en la soledad a sí mismo. Es decir, en la palabra de los huesos. Ahí estoy. Tiemblo yo también. Y si me dejara llevar a gritar a la plaza no vacilaría en empezar mi discurso con un '¡Que tiemble el corazón del hombre!' " (pág. 84). Ese estremecimiento por lo que Lihn llama cosa sorda, muda y ciega. Esa claridad que no se deja ver porque se está muerto... Ese ojo fijo de la muerte.

Develador de los nombres y los dioses anónimos del vasto páramo austral (Hernán Castellano Girón). Desconocido que nunca niega sus preferencias por los románticos alemanes, Blake, Nerval y los surrealistas (Ludwig Zeller). Poeta raro, hondo, denodado y solitario. Hermético, fiel a su yo, a su técnica surrealista. Re creador de símbolos y mitos que alumbran su poesía con reflejos intranquilos de hoguera huracanada (José Ramón Heredia). ¿Solitario el hombre que declara haber sembrado con visiones su propio desierto? ¿El poeta que no habla de soledad, sino de "una zona poblada de fantasmas que a veces alcanza una vastedad insospechada. Sólo en ese plano es posible que uno distinga los pies del viento o el párpado fijo de la nube. Y posible, además, que en esta zona pueda uno hablarse a sí mismo con las palabras o los sonidos que el deseo contiene en su primera estructura, es decir, en el impulso o en el color con que salta de su plano oscuro a la vida" (País blanco y negro)? Soledad, sin duda, pero extremadamente poblada. Poblada de encuentros que quizás sean lo mismo que un devenir o unas bodas contra natura, siempre "fuera" y "entre". Encontramos personas, y a veces sin conocerlas ni haberlas visto jamás, dice Deleuze, pero también movimientos, ideas, acontecimientos, entidades. Rosamel del Valle declara admirar a los fantasmas, aunque ellos sean pequeñas imágenes, pequeños símbolos, débiles palabras o algunos objetos un poco brillantes encontrados en las encrucijadas del sueño. Hilos, ruidos, huéspedes de la otra orilla: "ecos cultivados vienen a mi encuentro": presencias de la noche primordial que acompañan en la vigilia: visiones comunicables: "¿No guardé mis propios huesos al guardar las llaves del tiempo? / Con ellos quiero sentarme bajo un árbol tornasol / A esperar fieles visitas de sirenas y delfines / Y la música solar desprendida de todas las visiones / Que sembré en otros días en mi propio desierto". Escribir, parece decir Fuegos y ceremonias, pero también La visión comunicable, El sol es un pájaro cautivo en el reloj o Adios enigma tornasol, es poblar nuestro propio desierto con tribus, faunas y floras, poblaciones que

no impiden el desierto que es nuestra ascesis misma. Esa ascesis del hombre que siembra con visiones su propio desierto, pero que finalmente aguarda su propia muerte en un estado de suprema desnudez: "He aquí mi casa: un hoyo. He aquí mi tierra: un rayo de sol. He aquí mi cielo: una lámpara. Lo demás, el silencio desde el principio del mundo" ("Entre sus sueños el troglodita")

Prefiero la luz de luciérnaga de la poesía para iluminar de otro modo la vida y la obra de Rosamel del Valle. Desdibujar su rostro. Multiplicarlo "al través" de El sol ciego, la elegía publicada en 1966 por Humberto Díaz-Casanueva, otro de nuestros grandes olvidados: "Te recuerdo / como un caballo espumoso / tascando/ el freno de la muerte / Como un cíclope / luchando con una pared / cornuda / tierno / cazando una estrella / perdida en tu cuerpo / humilde / cuidando una paloma / coja / Iracundo / ante la mesa vacía / del pobre". Al través, asimismo, de los autorretratos del poeta. Esta "estrella sin cortejo" nos dice en ellos poéticamente que él es un poeta de la época del mundo en que no hay tiempo para soñar bellos sueños ni "reunir palabras para uno mismo ni para unos pocos cuya herida no se cierra temporalmente sino a golpes de magia". Un viajero sonámbulo que despierta cada mañana enredado en el ruido de otras cosas. Un hombre habitado por lo mágico que no puede permitir que la realidad permanezca frente a él con su rostro de prisionera o ahogada. Un médico de su época y de sí mismo ("es necesario partir....agriétate, pero canta"). Un poseedor de llaves perdidas que recuerda lo más importante en el tiempo que ya no se aman las palabras ni las visiones. Un escritor de enigmas que tal vez significan la silenciosa vibración de su cuerpo enjaulado. Un alma inquieta que llama muerte al despertar y resurrección al sueño. Un conversador con el huésped que nos habita en permanente acecho con hachas y cuchillos. Un adanita transparente y tatuado a la vez que llama Elsinor a la muerte. Un mortal que teje sin saberlo la red para su propia muerte. Un poeta que se arriesga un "soplo más". Un contador de los eslabones del tiempo que desea escuchar la música solar desprendida de todas las visiones por él sembradas en su propio desierto. Una lámpara errante que sabe arder...:

"Agriétate, pero canta". Pequeño lote de vida, / pequeño mundo mágico, pequeño sol cortado. / ¿Tengo otro bosque donde entrar? ¿Otra ciencia / en qué arder?..."